

El camino hacia la felicidad

Una aportación desde la escucha del budismo y los sufíes

Las diferentes tradiciones religiosas nos señalan a una única fuente de felicidad: la Ultimidad, el Misterio... Supremo valor para el creyente que lo ha experimentado en su vida, Él es el único que da sentido, que colma las expectativas... sólo alcanza la Ultimidad, por gracia de ella, quien 'sale de sí', quien se pierde para encontrarse.

.....
José María Pérez-Soba
Díez del Corral

Profesor de la Universidad
 de Alcalá de Henares.

1. Introducción y perspectivas

No me cabe duda de que si preguntáramos al azar a cualquier persona qué espera de la vida, cuál sería su gran ilusión, la inmensa mayoría haría referencia, de una u otra forma, a 'ser feliz'. ¿Cuál es el camino preferido para esta espontánea respuesta? ¿Dónde encontramos esa felicidad? No es extraño que se respondiera con una triple realidad: tener salud, dinero y amor. Sin embargo, las grandes religiones no parecen caminar en la misma línea. Vamos a escuchar cómo podemos intuir que el hecho religioso mismo apunta hacia otro tipo de experiencia.

Como es evidente, es imposible una presentación completa de todas las religiones en el espacio de estas páginas. Por ello, sólo nos detendremos, y de forma harto sucinta, en dos grandes tradiciones religiosas: el budismo mahayana (sobre todo en su tradición zen y, en cierta medida, tibetana) y el Islam místico, esto es, el sufismo. Podrían ser muchas otras, pero creo que basta para encontrar en dos mundos culturales muy diferentes y en dos tradiciones religiosas muy diferentes, estructuras básicas análogas (nunca unívocamente iguales ni reducibles a 'lo mismo') en el camino a la felicidad.

¿Por qué recurrir a 'otras religiones' si nos habría de bastar con el cristianismo? ¿no es una 'moda' pasajera o un nuevo testimonio del sincretismo actual postmoderno? El escuchar a religiones diferentes no es, necesariamente, caer en el 'indiferentismo' ('todo vale igual') o en un sincretismo absurdo 'a la carta'. En absoluto. Sólo nos hacemos eco de la invitación de Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo Millenio Ineunte* (56): escuchar al diferente nos ayuda a aprender del Espíritu Santo (*Redemptoris Missio*, 28 y 29) que se hace presente en lo mejor de las religiones no cristianas (*Nostra Aetate*, 2).

En efecto, sabemos que, frente al misterio de gracia infinitamente rico por sus dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito, el Espíritu de verdad (Jn 14, 17) al que compete precisamente llevarla a la «plenitud de la verdad» (Jn 16, 13).

Este principio es la base no sólo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religio-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

nes. No es raro que el Espíritu de Dios, que «sopla donde quiere» (Jn 3, 8), suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores (...) la Iglesia reconoce que no sólo ha dado, sino que también ha «recibido de la historia y del desarrollo del género humano» (GS 44).

Y éste es el ejercicio que vamos a practicar hoy: vamos a escuchar a otros, no para dejar de ser nosotros mismos, sino por fidelidad a Jesús, el Cristo, para aprender de su Espíritu a ser mejores cristianos y, por tanto, mejores seres humanos. Por supuesto, el lenguaje en el que presentaré ambas tradiciones ya está 'adaptado' a Occidente y, por tanto, incidirá más en lo que tenemos en común que en las grandes diferencias. Quizá, para el pequeño espacio con el que contamos y viendo cómo los fundamentalismos e imperios de todo signo nos recuerdan constantemente las diferencias, sea bueno recordar nuestras analogías (que no uniformidad).

2. Buda y el camino a la felicidad

Vamos a escuchar con especial atención la voz del Buda (a través, desde luego, de escuelas muy posteriores a él) porque tiene mucho que decir ante nuestra pregunta por la felicidad. Algunos autores budistas, cuando han traducido los términos pali, chinos o japoneses a las lenguas occidentales para 'inculturar' su mensaje, han vinculado el concepto de salvación budista con la felicidad completa, definitiva y, como es conocido, el budismo entero está empapado de un solo sabor: la salvación, la paz, la felicidad sin fin.

Caminaba una vez un guerrero por la selva cuando fue gravemente herido por una flecha. Cuando sus amigos le fueron a auxiliar, él se negó a recibir toda ayuda mientras, decía, no le informaran de quién le había herido, por qué, cuál era su familia, a qué se dedicaba, dónde vivía, cómo era su casa... De comportarse en verdad así, el guerrero, no hay duda, moriría. Y, propone el Buda, ¿no es nuestra vida así? No estamos profundamente satisfechos con nuestra vida y, sin embargo, en lugar de concentrar nuestra energía en 'curarnos', nos rompemos la cabeza con el número de dioses, divagando sobre el ser y la nada, el destino humano, el tiempo, el futuro... El Buda no propone, en principio, una complejísima cosmología, sino, sobre todo un 'camino de salvación', un 'camino de sanación'.

¿Cuál es, entonces, el camino a esta felicidad? El Buda lo presenta en el llamado 'sermón de Benarés', síntesis de la experiencia budista. Siguiendo el esquema de la medicina de su época, nos da el remedio para alcanzar la Fe-



licidad con mayúsculas. El Camino para la felicidad, según el Buda, es el siguiente:

Primera Verdad:

Constatar que no somos felices de verdad, profunda y definitivamente. Existe el dolor, el miedo, la angustia, la inseguridad. Las podemos olvidar, pero siempre vuelven a atenzar mi vida. Es más, tam-

bién existe, y quizá con más verdad, no sólo el dolor consciente, sino una insatisfacción de fondo: no vivo pleno, tengo la sensación de que podría ser más feliz, que no está mal, pero... Y, aunque ahora nos confesemos en verdad felices... ¿somos conscientes, en profundidad, de que vendrán, inexorablemente, vejez, enfermedad y muerte?

Según la tradición, el mismo Buda conoció en su juventud la perfección de la triple felicidad a la que hacíamos referencia: joven y sano y rodeado de jóvenes sanos; inmensamente rico; casado y con un hijo, podía ser amado por cuantas mujeres quisiera. Sin embargo, el triple desafío de la enfermedad, la vejez y la muerte convierten el camino del tener y el placer en inútil para la felicidad. *Dukkha*, traducido normalmente como sufrimiento, es una cualidad de todo lo condicionado, de todo aquello que, en el fondo, aparece y desaparece que, es, por tanto, impermanente. La misma realidad es, por tanto, *dukkha*, impermanente, dolorosa, infeliz...

Segunda Verdad:

Si somos conscientes de estar heridos, insatisfechos, el médico debe decirnos cuál es la enfermedad, cuál es la causa de estos síntomas. Buda propone como causa el deseo (*tanha* pali, skr. *Trisna*).

Creemos que la felicidad es estabilidad y nos intentamos asir a toda clase de realidades que me den la seguridad y la paz. Como dirían los clásicos budistas, creemos que las apetencias que surgen de los cinco sentidos (más el sexto sentido budista: la mente) son estables y nos dan la felicidad: el deseo de mantener una serie de impresiones mentales (poder, seguridad, tranquilidad, consumir...) o de ceder a otras (cólera, ira, envidia...) es muy fuerte y, en el fondo, es el deseo que nos domina. Sin embargo, ninguna de estas apetencias mentales son permanentes: desaparecen, cambian, te son arrebatadas. Es más, ninguna puede evitarte, a la larga o a la corta, vejez, enfermedad y muerte, y no sólo a ti, sino peor, a los que quieres.

Nada es permanente, por mucho que queramos agarrarnos a ello para que nos dé la felicidad. Toda la reali-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

dad, defiende el budismo, esta interconectada y toda la realidad es impermanente. Es como un enorme fluir inestable en el que nada permanece igual porque todo es efecto de algo y, a su vez, causa de otra cosa. Es decir, todo está en permanente fluir (*Pratitya-samutpada* skr.). Ningún fenómeno (ni siquiera yo mismo) tiene en sí el ser, ni siquiera nosotros mismos tenemos la existencia de modo inherente (*anatman*). Lo único que se mantiene, porque nuestra ignorancia la sostiene, es nuestro dolor, nuestra insatisfacción, nuestro miedo. Todavía más: para el budismo este deseo te ata a la maldición del ciclo del *samsara*, esto es al renacimiento perpetuo (*anaditva* skr., inexistencia de comienzo). Es decir, la ignorancia no sólo me hace sufrir esta vida, sino que me puede aferrar por tiempo infinito.

Tercera Verdad

Hasta ahora parece que hemos presentado un rostro un tanto sombrío del budismo (aunque tal vez sólo sea realista). Pero, si conocemos ya que estamos enfermos y conocemos la enfermedad, no puede acabar aquí la propuesta del médico: existe una tercera verdad. Y esta tercera verdad es el centro de la intuición budista: existe la salvación, la felicidad, Nirvana.

Dicho en forma del llamado Cuádruple Sello: todos los fenómenos compuestos son impermanentes; todas las cosas y acontecimientos contaminados por la visión errónea de la realidad son insatisfactorios; todos los fenómenos son vacíos y carecen de yo; el Nirvana es la verdadera paz.

Según las escuelas mahayanicas, el estado de Iluminación es la naturaleza misma de todos los seres, sólo que una actitud errónea ante la realidad, que quiere dotarla de entidad propia y, por tanto, la considera fuente de paz, me hacen olvidar lo que ya soy. Por ello, a todos los seres les es posible alcanzar la liberación. Y para el Zen, todavía más, ya somos Buda, con lo que no podemos alcanzarla, sino caer en la cuenta, realizar existencialmente en la experiencia consciente la presencia efectiva de esa perfección que somos.

Somos como un mono, colgado de una rama frente al reflejo de la luna en el agua del río, intentando en vano agarrar la imagen brillante de la luna. Pierde el tiempo, pero si tan sólo se dejara caer...

Cuarta Verdad

La pregunta que nos surge, entonces, es evidente: ¿cuál es el camino para el Nirvana? ¿Cómo puedo ser feliz hoy, aquí, ahora mismo? Siguiendo el *Camino Medio* del Buda. Despierto del sueño de la felicidad alcanzada por los sentidos, tampoco una ascesis extrema me salva. Existe un camino intermedio, alejado tanto de la excesiva

va tolerancia a los sentidos (vivir superficial) y como del ascetismo extremo, vano e inútil. En palabras de Juan Masiá, el camino de lo cotidiano, lo lento, lo callado.

Para ello, el Buda propone un sendero óctuple, ocho vías interconectadas, los ocho radios de una rueda que hay que empujar para que la rueda del dharma, del camino/sabiduría empiece a rodar llevándonos a la salvación. Siguiendo al profesor Masiá podemos unir los ocho caminos en tres grupos:

A) Adecuada actitud ante el mundo: plantarse ante la realidad tal cual es.

Camino primero: Visión adecuada: ver lo que es y sucede, no lo que creemos, esperamos o tememos que sea o suceda.

Camino segundo: Pensamiento adecuado: pensar las cosas, evaluarlas, calibrarlas en lo que son, no en lo que anhelamos, odiamos o tememos que sean.

B) Adecuado modo de vivir: Vivir de acuerdo a lo que somos, vemos y pensamos. Unificar la vida.

Camino tercero: Expresión adecuada: expresar lo que son las cosas. La expresión, la palabra, está cargada de sentimientos, y comunica mucho más que conceptos. Por ello, es bueno que nuestra expresión nazca de lo que verdaderamente somos. De ahí se deduce, evidentemente, evitar mentir, evitar el insulto o la expresión violenta, evitar exagerar, transformando la realidad según mis sueños, mis miedos o mis ansiedades.

Camino cuarto: Actuar adecuado: Hacer lo que se debe hacer, de manera que ni se hace ostentación de ello, ni se hace a escondidas ni se hace con temor. Por eso, el actuar budista está empapado de altruismo. Sin ceder a mi odio, envidia, cólera, puedo encontrarme con el otro, lo que me ayuda, sin lugar a dudas, a ser feliz.

Si yo, complacientemente, respeto y me encomiendo a otros,

Éstos me procurarán beneficios y felicidad;

Pero, si me encomiendo a estos conceptos perturbadores (odios, cólera, inseguridad, envidia)

En el futuro sólo me causarán sufrimiento y daño.

(Santideva, *Bodhicaryavatara*)

Camino quinto: Medio de vida adecuado: No se puede intentar recorrer estos caminos y que mi forma de vivir, incluido mi medio de ganarme la vida, esté al margen de ello. Implica ejercer mi profesión, mi vida, con coherencia a lo que creo que me trae la salvación.

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

C) Conocimiento Adecuado: Recorrer el Camino según técnicas y medios adecuados para la vida cotidiana.

Camino sexto: Esfuerzo adecuado: El Dalai Lama suele decir que si un río se divide en muchas ramas no puede empujar el molino. Todos tenemos una energía limitada. Si no unificamos nuestros intereses en la búsqueda de la Liberación, sino que jugamos a dos barajas o tenemos como amos a Dios y al Dinero, tendremos menos posibilidades de ser felices.

Camino séptimo: Atención adecuada: Hacer en cada momento lo que haces. Comer cuando comes, barrer cuando barres, andar cuando andas, respirar cuando respiras.

La mayor parte del tiempo estamos perdidos en el pasado o arrastrados por futuros proyectos y preocupaciones. Cuando estamos atentos, tocando profundamente el momento presente, podemos ver y escuchar con profundidad y los frutos siempre son la comprensión, la aceptación, el amor y el deseo de aliviar el dolor y despertar el gozo (Tich Nhat Hanh).

Camino octavo: Concentración adecuada: Practicar con constancia la meditación. El zen Soto es el más duro en este punto: ¿qué es el budismo? Sentarse a meditar. Con técnicas originales del yoga y de los renunciantes de la India, el budismo ha generado un profundo conocimiento de la profundidad humana. Concentrar el espíritu, serenarlo, clarificarlo. Nuestro interior es normalmente un estanque de agua turbia y revuelta, donde deseos, sentimientos, tendencias, se mezclan. Trabajar sobre ellas me ayuda a serenarlas, a que las aguas se calmen, se apacigüe la mente y se vuelva cada vez más transparente.

Mostrados los ocho caminos, nos queda, sin embargo, un último despertar del Buda: despertar de la trampa de los sentidos y del ascetismo ‘desnaturalizado’, el Buda evita la última gran trampa. Iluminado, no se retira a una soledad autosuficiente, sino que dedica más de treinta años a predicar el Camino, movido por la gran virtud del Liberado: *karuna*, compasión, la misericordia por todos los seres vivientes.

En efecto, sobre todo el budismo Mahayana insiste en la doble dimensión del camino budista: sabiduría y compasión (prajna y karuna). Así, el ideal humano que propone es el bodhisattva: un ser de tan elevada perfección, que realiza el voto supremo: por compasión, no entrar en el Nirvana definitivo hasta que no entren conmigo todos los seres. Practicar el Dharma sólo por mi

bien me separa del camino; empezar a practicar por compasión al dolor de los seres vivientes es la mejor disposición que se puede tener.

Compasión, desapego, concentración en lo Absoluto... por ahí señala el camino de la felicidad el budismo, en esta mini-síntesis de algo mucho más complejo y más profundo. Que el Buda me perdone.

3. La mística islámica

Entrando en otro orden de cosas, vamos a dedicar un pequeño espacio a otro mundo religioso diferente. Puede resultar extraño que recurramos a la dimensión mística del Islam, cuando los medios de comunicación nos presentan una cara mucho más terrible de esta tradición. Sin embargo, la entraña misma del Islam es, en el fondo, mística. Islam significa ‘sumisión’ y *muslim*, musulmán es el que somete su vida a Dios. La frase que sintetiza esta intuición religiosa islámica básica es de todos conocida: ‘No hay más dios que Dios’.

Por eso, no es extraño que para algunos Islam y sufismo (mística islámica) sean dos realidades intrínsecamente unidas. No es extraño, entonces que Huywiri, en el siglo XI, dijera que «en la época de los compañeros del Profeta y de sus sucesores inmediatos este nombre no existía, pero en todos era una realidad». Y que añada, dolorido, «ahora el nombre existe sin la realidad».

Y ¿qué es lo que busca un sufi? ¿dónde cifra su felicidad? ¿dónde apuesta su vida? En palabras de un sufi:

Sufi es aquel que se propone llegar a Dios, la verdad creadora. Mientras no ha alcanzado el objeto de su búsqueda no conoce descanso, ni hace caso de nadie. Por tu causa me apresuro por tierras y por agua, atravieso los llanos y parto las montañas, aparto mis ojos de cuanto encuentro, hasta llegar al punto en que esté sólo contigo (Al-Hallaj).

En el fondo, sufi, como hemos dicho, no es sino aquel que saca las consecuencias espirituales de la intuición central de *Muhammad*: sólo Dios es dios. Es decir, sólo hay una meta para mi vida, sólo hay una satisfacción, sólo hay un Señor, sin segundo posible, en mi existencia... Dios. Esto no es sólo una verdad conceptual; ni tan siquiera una verdad ritual... es una verdad que empapa mi corazón y me señala el camino de la felicidad.

Por eso, seguir el camino sufi, es verdaderamente ser musulmán: no podemos caer en la trampa de ‘idolotrar’ a cualquier otra cosa que no sea Dios mismo, no pensado, sino experimentado en mi vida. El gran pecado para el Islam siempre ha sido el *shirk*, asociar a Dios cualquier otro dios (o persona); es decir, atentar contra la unicidad de Dios. Para el sufi, esta verdad dogmática se descubre como una verdad mucho más que numérica. No es que Dios sea Uno o Dos o Treinta, no es cuestión de mate-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA



José María
Pérez-Soba
(dcha.)
con Eduardo
Martínez.

máticas. Lo que señala la *Sahada* es que Sólo Dios es Dios, es decir, ni el poder, ni la posición social, ni el dinero, ni siquiera la filosofía, o, incluso, la teología, puede predominar en mi corazón, sino sólo Dios.

En palabras de Rumí, «Suponiendo que conocieras las definiciones de todas las sustancias y accidentes (¿de qué te serviría?). Conoce la verdadera definición de ti mismo, eso es lo indispensable. Y cuando conozcas tu propia definición aléjate de ella para llegar a Aquel que no tiene definición alguna... Malgastaste tu vida estudiando el predicado y el sujeto, tu vida privada de comprensión espiritual pasó (examinando) lo que recibiste de oídas (...) Si para el filósofo el humo es la prueba del fuego, para nosotros, ¡qué grato es estar en el Fuego sin el humo!».

No es 'saber' de Dios, es, como Job, reconocer que 'ahora te han visto mis ojos'. Ni nuestras imágenes, ni siquiera la promesa del cielo... sólo el Amado. Sólo despojándome de todo, 'perdiéndome a mí mismo' en Dios puedo encontrar la Verdad, la Belleza, la Bondad... la Felicidad.

De ahí, el éxtasis sufí, que no tiene nada que ver (como reconocen ellos mismos) con fenómenos o técnicas llamativas, sino con la experiencia abrasadora de Dios en lo más profundo del corazón. No es posible que me aferre a mí yo y tenga espacio Dios. Sólo hay un camino: 'salir de sí', 'perderse para encontrarse'.

Por tanto, este camino, no es, en absoluto, una especie de quietismo, de encierro en una torre de marfil ajena al dolor y al conflicto. No pocos sufíes han sufrido en todas las épocas y culturas la persecución de los legalistas, de los fundamentalistas que confunden las mediaciones con el mismo Dios Vivo, que confunden las leyes con la divinidad y las convierten en ídolos de muerte.

Así, Al-Hallaj es uno de los grandes mártires de este Islam. Condenado a muerte en Bagdad en el 922 de nuestra era, fue uno de los más grandes místicos de la historia de la humanidad. Habiendo experimentado la fusión con Dios, siente la llamada a convertir toda su vida en un símbolo del *Hayy* de la peregrinación ritual a La Meca. En un Islam que considera esclerotizado, perdido en plegerias mercenarias y sin vida, ahogado en política y en legalismos, siente que debe entregar su vida por recuperar la experiencia verdadera de Dios, volver al Islam vivido y no sólo ideología. Y, mientras otras cofradías sufíes, como la de Al-Gunayd su maestro, prefieren los pequeños círculos de iniciados, él sale a la plaza pública.

Y al hacerlo, sabe que entrará en conflicto con los poderes de su tiempo. Así, se alían los poderes religiosos de los legalistas, cuyo prestigio se arruina si no hay mediadores posibles entre uno mismo y Dios, y con el poder político, al que sólo le importa mantener firmes las riendas del poder gracias a la justificación religiosa, e inclu-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

so con la misma dinámica de la masa, que prefiere la rutina y el adocenamiento a la aventura y la experiencia personal. Y, unidos los tres poderes, le aplastan.

Por eso, se dice que cuando Al-Hallaj, habiendo sufrido flagelación pública y la amputación de manos y pies, es subido al cadalso para ser ajusticiado, se dirige al público para decir la siguiente oración:

¡Oh Señor!, tú eres aquel que irradia por todas partes, aunque no estés en ninguna... Te ruego, Señor mío, que me otorgues el favor de agradecerte la felicidad de que me has colmado, hasta el punto de esconder a la vista de todos las llamas de tu faz que tú me has revelado. Aquí están tus adoradores. Por celo de tu nombre se han reunido para hacerte obra grata, dándome muerte. Perdónales. (...) Tuya es la alabanza por lo que haces, tuya sea la gloria por lo que quieres.

Ésta es la felicidad sufi: la felicidad inefable de Dios, que no rehuye conflictos, sino que da fuerza para afrontarlos y trascenderlos, para no abandonar la misión por los demás, porque no es nuestra sino suya.

En palabras de Jean Chevalier, experto en sufismo, «La relación (con Dios) modifica no solamente su vida interior sino también su inserción en la vida social (...) En tanto que sin esta trascendencia todo concurre hacia el dominio del placer, el beneficio, el poder, ella dirige, por el contrario, todas las fuerzas del deseo hacia la liberación de esa triple tiranía, sustituida por la generosidad, la justicia y la libertad».

4. Conclusión

Hemos de concluir. ¿Qué hemos podido aprender de este brevísimo repaso por dos grandes tradiciones religiosas?

a) Las diferentes tradiciones religiosas nos señalan a una única fuente de felicidad: la Ultimidad, el Misterio: Nirvana, Dios... Supremo valor para el creyente que lo ha experimentado en su vida, Él es el único que da sen-

tido, que colma las expectativas... en él se encuentra la Paz definitiva, la reconciliación final conmigo mismo, con la humanidad y con el universo entero. Creador del mundo, liberador de lo condicionado, la Ultimidad es el único medio de descansar. 'Nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón no descansará hasta que descanse en Ti'.

El gran peligro es, entonces, la superficialidad, el pasar por la vida sin rozar, sin descubrir la entraña misma de la existencia.

b) Y los medios para alcanzar esta felicidad son diferentes. Sea a través del óctuplo sendero, sea por la renuncia ascética del camino sufi, sea por la devoción y el amor, más allá de esta diversidad, siempre permanece una verdad básica: sólo alcanza la Ultimidad, por gracia de ella, quien 'sale de sí', quien se pierde para encontrarse. El que permanece atado a su ego, a su yo, a sus sentidos... no escucha la propuesta de Dios. Quien ha apostado por el sentido y la felicidad en los placeres de la mente o el cuerpo, incluso de las formas más sutiles de ello como el 'ser bueno', la auto imagen, etc. no puede apostar por Dios.

Perdersé para encontrarse es la paradoja básica de la felicidad. La locura del ser humano religioso, la antítesis del consumo, la huella en el hombre de la trascendencia. Es la misma dinámica del amor (o de la compasión): sal de tu tierra, sal de ti mismo, piérdete... que encontrarás algo más. Abraham, Ruth... y tantos otros.

El aislamiento del mundo como 'descansada vida', la evitación de todo dolor no es el camino, sino la capacidad de asumir y superar este dolor. Vida feliz y compromiso político no se excluyen, sino que, incluso, se necesitan; somos junto a los demás y es la dinámica del amor y de la fraternidad donde nos encontramos a nosotros mismos, encontramos a Dios y encontramos nuestra felicidad.